

Poetas españoles contemporáneos, de MATÍAS RAFIDE.
Santiago, 1962.

Nos complace entregar un juicio sobre este enjundioso texto antológico llegado hace algún tiempo a nuestras manos. Nos complace hacerlo en estos días en que estamos soportando, no sin irónico asombro, la proliferación en Chile de libros de antología en el género poético, así como en el relato breve, en los cuales la ocurrencia estrafalaria, el egocentrismo, el fervor del amigo y del grupo, la tramoya política ostensible, determinan el paradójal destino del engendro. No exagero. En los momentos en que escribo, alguien pone a mi alcance un libro de tal ralea, intitulado *28 cuentistas chilenos del siglo xx*. Un nuevo infundio, en que tomamos nota del desenfadado autoelogio del autor y de la inserción destacada de dos cuentos suyos y de trabajos de otros que en el género son tan desconocidos como él. Esto va a tono con la hora que vivimos. Se pergeñan e improvisan "Tratados sobre el cuento realista e imaginista en Chile", "Historias personales" y otros semejantes, tan carentes de decencia como estos "28 cuentistas...", entuerto hilarante que por ser ajeno a la valoración de escritores claramente definidos y cimeros, le procurará, sin duda, al flamante rastreador, el fruitivo elogio de algún crítico que por razones obvias los combatió o discutió como ataca sin desmayo a la literatura realista y a cuanto pueda excitar su personal hiperestesia. ¡Cosa de los tiempos! Matías Rafide, poeta de limpio registro, ensayista y catedrático, sabe de estas astracanadas pseudointelectuales, pues ha debido soportarlas y ahogarlas en su misión conductora de juventudes; sabe de la desesperada vanidad de quienes han intentado polemizar con él, y puede caminar seguro de su tarea, escarmenando en la realidad literaria de aquí y de allá.

Autor de cuatro libros de poemas —*La Noria*, 1950; *Ritual de soledad*, 1955; *Itinerario del olvido*, 1955; *Fugitivo cielo*, 1957—; y de *Literatura chilena*, 1ª edición en 1955 y 2ª en 1959, Rafide viaja a España y estudia las fuentes y perspectivas de la lengua materna; de su permanencia en tierra hispánica es fruto esta "Antología de poetas españoles contemporáneos", destinada a ofrecer una visión segura y coordinada, rica en fundamentos y en análisis, de la poesía peninsular desde Gustavo Adolfo Becquer hasta los nombres promisorios de la hora presente. Se advierte desde las primeras páginas el trabajo severo y justo, acendrado y ferviente del ensayista y estudioso que se propone cumplir una tarea generosa y alta en el espacio de la poética más rica y caracterizada, atormentada y profunda, enraizada en la sangre, la tierra y el tiempo histórico, como es la lírica española de los últimos cien años. Tal esfuerzo y goce habrá de cumplir consecuentemente dos designios: satisfacer en el autor su sed de aventura sensitiva al penetrar en el misterio ilfmito del temperamento de cada autor para recoger las resonancias y los mensajes que muchas veces son negados al lector común; y luego, hacer accesible a los chilenos esta cultivada muestra de la vieja España, renovada por el tiempo en el asombro creador, estremecida en los dolores y las soberbias de las últimas generaciones que fueron heridas por el drama de la patria y por el destino de un mundo estúpidamente amenazado.

Un claro, conciso y bien cimentado estudio de la poesía española desde el siglo XIX hasta hoy sirve de introducción al recuento y ayuda a su interpretación y disfrute. Nada hay en la muestra que no esté celosamente valorizado y conjugado, tanto en relación al paso de las escuelas o tendencias poéticas como a la definición individual, al signo creador que en la lírica española ofrece generosa evidencia, sea por factores del hombre, del sino histórico o social, o de la tierra y el clima regionales. Leyendo estas páginas avanza uno como si caminase con un amigo ganoso de llevarnos por los mejores parajes de este mundo íntimo y extralimitado que nos entrega sus voces inconfundibles y permanentes. El autor toma a Gustavo Adolfo Becquer como hito entre el incierto espacio poético del siglo XIX y la lírica española del XX para detenerse luego en el modernismo revelado por Rubén Darío, hijo de los simbolistas y parnasianos franceses, y continuado por Manuel Machado y Villaespesa, en afán de réplica universal al realismo y el naturalismo. Da una definición del modernismo que podría servir a muchos: "Entre otras cosas se propuso revalorizar la música del verso e incorporó el alejandrino francés en la métrica castellana. Se caracterizó por su refinada sensibilidad que se traduce en una constante huída de lo cotidiano y vulgar y de las palabras corrientes; siente un gusto particular por lo exótico...". Señala a sus precursores americanos: Gutiérrez Nájera, M. González Prada, José Martí, S. Díaz Mirón, J. del Casal y José Asunción Silva. Con Manuel Machado la escuela de Darío gana su plenitud española, cálida, airosa y bravía.

La generación del 98, con Antonio Machado y Unamuno, como signos de deslumbrada soledad, entrega al holgorio modernista su densidad humana, el mensaje de la conciencia atormentada, el acento social de la patria, la voz desafiante de la tierra. Es una generación que se enfrenta a España y a su tiempo; examina, sangra y condena. "Unamuno —expresa el autor— herido de angustia metafísica, escribe versos de rudas aristas, pero de hondo contenido ideológico. Antonio Machado, pesimista y melancólico, exalta el paisaje de Castilla. Su inspiración profunda abarca los grandes temas de la esencialidad y temporalidad del ser...".

Es Juan Ramón Jiménez el exponente del espíritu poético en la España del siglo XX. Deja de lado la anécdota y el oropel para escanciar la esencia lírica que con el tiempo y a través de la siguiente generación (del año 27) habría de buscar el hechizo de la imagen subjetiva y la revelación de "la otra conciencia" deslumbrada en cada despertar. Guillén, Cernuda, Pedro Salinas y luego las voces espaciales, distantes y coincidentes de García Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso; más tarde, Rafael Alberti, Vicente Alexandre, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. "Nunca, tal vez, desde los siglos de oro, la poesía española había contado con un conjunto de voces líricas más altas y extraordinarias que en este período de lo que se ha llamado la generación del 20 al 36". Aparece luego la "generación de la República", en la cual el espíritu de Unamuno y Antonio Machado mueve sus alas tutelares. En todos ellos, el tono profundo del hombre en trance con su amor o su vivencia múltiple, vertido en generosas estancias que dicen de la plenitud creadora, como se puede percibir en esta estrofa de Miguel Hernández (1910-1942): "Tengo

estos huesos hechos a las penas / y a las cavilaciones estas sienes: / pena que vas, cavilación que vienes / como el mar de la playa a las arenas”.

Es la última generación la que sin duda habrá de ofrecernos su faena más incitante, por lo personal y contradictoria, surgida de una España tensificada y palpitante, lapidada y heroica. El destino del ser y de la patria atropellada, un dolor expresado en diversos tonos, con la imagen siempre transida de anhelos y nostalgia, de condenación y réplica, bañan, iluminan o ensombrecen esta poesía altamente humana. Son muchos los nombres, personalísimos, lo que indica la riqueza, hondura y vigor de la herencia poética: José Luis Cano, Gabriel Celaya, Victoriano Crémer, Dionisio Ridruejo, José García Nieto; José María Valverde, José Luis Hidalgo, Vicente Gaos, Rafael Morales, Rafael Montecinos, José Suárez Carreño, Blas de Otero, José Hierro, Eugenio de Nora, Carlos Bousoño, Leopoldo de Luis, Manuel Alcántara, Ramón de Garcíasol, Ricardo Molina, etc. Escuchemos a Blas de Otero (1916) en su poema “Crecida”: “Con la sangre hasta la cintura, algunas veces / con la sangre hasta el borde de la boca / voy / avanzando / lentamente, con la sangre hasta el borde de los labios / algunas veces, / voy / avanzando sobre este viejo suelo, sobre / la tierra hundida en sangre, / voy / avanzando lentamente, hundiendo los brazos / en sangre, / algunas / veces tragando sangre, / voy sobre Europa . . .”. Y este “Salmo”: “Salva al hombre, Señor, en esta hora / horrorosa, de trágico destino; / no sabe a dónde va, de dónde vino / tanto dolor, que en sauce roto llora”. ¿Y quién podría, con afán hedonístico, negar o condenar la esencial belleza nacida de la materia castigada, en este poema de Carlos Bousoño (1923)?: “Amor limado contra tanta losa / como contra una piedra una navaja. / Amor que día a día así trabaja. / Campo de soledad. Cielo de fosa. / Pretendemos hacer a España hermosa / cual trabajar en nuestra propia caja / de muerte. España que en la luz se cuaja / como un sepulcro funeral. Reposa”.

El texto que nos ocupa merece los honores de la difusión más amplia pues está escrito con espíritu responsable, con sapiencia bien administrada y con un don de selección que habla del ensayista ejercitado en nivel nada común. Con esta obra que supera todo cuanto el autor ha escrito en el género, nos acerca a la intimidad permanente de España, a su espíritu insumiso, antinómico y montaraz, grande en su misticismo y su bravura, signos de su inmortalidad, y que los chilenos, sus herederos a nuestro modo, sorprendemos con frecuencia en nuestra condición frente a la vida, así como en la obra realizada.

L. Y.

Sólo dejen mi palabra, de ALEJANDRO ISLA ARAYA.
Santiago, 1962.

Cuando se abre ante nuestros ojos un libro como éste en que cada estrofa, verso o palabra pugna por entregarnos una porción o el todo del hombre enfrentado a su tiniebla y a su pequeñez, empezamos por cavilar sobre su realidad íntima y hasta llegamos a dudar de su sinceridad poética. Es fácil, a veces,